

Título: UN VIEJO DIENTE PARA SANTA CECILIA**Pseudónimo: Chiquiznaque**

Recuerdo con precisión el momento en el que conocí a Blas y se me escapa una sonrisa que no es de gracia, sino de ternura.

Yo estaba en el despacho del profesor Úbeda, programando un seminario sobre “Los símbolos de manos en las pinturas rupestres”. Recién acabado el curso, ya entrado junio, la facultad estaba vacía de alumnos y los profesores afrontábamos con tranquilidad la organización del año siguiente. Era media mañana y el sol entraba lateral por la ventana, asolando las estanterías donde se apilaban desordenadamente libros y revistas de los que usábamos con frecuencia en nuestras clases. Sobre la mesa del despacho, Úbeda había dibujado una cuadrícula en una hoja anotando en cada celda el día y el tema que sería apropiado abordar. Entonces, sentimos a nuestras espaldas una llamada en la puerta y al abrirse estaba Blas. Vestía una camisa de lino descolorida arremangada por encima de los codos. Enjuto y flaco como un pajarito, parecía claramente fuera de lugar. No solo por su aspecto desfasado, por su edad, la de un jubilado entrado en años, sino por sus ademanes de pueblo, pidiendo permiso constantemente, explicándose con torpeza. Desde luego parecía imposible que un hombre como él tuviera algo que hacer en el Departamento de Prehistoria y Arqueología de nuestra universidad. Pero también es cierto que si hay una materia cargada de novedades fascinantes es la nuestra, y por eso Úbeda y yo estábamos un poco fastidiados por la interrupción, pero al mismo tiempo un sexto sentido nos decía que debíamos escucharlo hasta el final.

—Si nos ayudan a salvar a Santa Cecilia, les enseño algo muy interesante.

Y así empezó todo. De esa forma tan incomprensible, tan ilógica.

Recuerdo que aquella misma tarde había quedado con Marga en una de esas citas en las que yo intentaba hacer méritos con ella, hacerme el interesante con propósitos sentimentales, en esos momentos en los que uno no está seguro de si es tan correspondido como quisiera. En ausencia de otros pensamientos más urgentes, por defecto todo lo que construía en mi cabeza me llevaba a ella. Cuando nos vimos y le describí la delirante conversación que mantuvimos aquella mañana con Blas, me interrumpía a cada frase con un, ¿de verdad? Pero, al fin y al cabo, una profesora de Música de instituto como ella, que tocaba el violín, también tenía en su mente una reserva para creerse lo imposible y en el fondo deseaba que Blas nos abriera una puerta a ello. Y, además, una artista como Marga sentía un instinto de protección natural hacia Santa Cecilia, claro.

—No le haréis ni caso, ¿no? —me preguntaba con la esperanza de mi contradicción.

Y yo jugaba a sorprenderla, a verla sonreír. A interesarla un día más que supusiera la puerta a una nueva cita para el siguiente.

Úbeda no estaba aquella mañana para perder el tiempo y decidió dos cosas: no tomar en serio a Blas era la primera. Era un científico, un estudioso. Otro nivel.

Pero la otra cosa que decidió fue dejarlo hablar.

—Vivimos catorce en Herrera y a la figura de Santa Cecilia se le ha roto un brazo, el que tiene en la mano la corona de martirio. Ella es nuestra patrona desde hace siglos. De siempre. Cuando yo era un chaval hacíamos una gran fiesta. Éramos muchos niños y los mayores sacaban la procesión cada veintidós de noviembre. Todos los que quedamos somos viejos. Los jóvenes ya no se acuerdan del pueblo. Lo único que nos queda en la vida es salvar a Santa Cecilia.

—¿Y eso qué tiene que ver con nosotros? Este es un departamento de Prehistoria. Además, su pueblo está en Palencia, y esta es la universidad de Valladolid.

No le habíamos ni siquiera invitado a sentarse, pero él lo hizo. Los años no perdonan. Se tomó un respiro, como intentando concentrar su capacidad para explicarse todo lo mejor que podía.

—Yo sé que ustedes son muy importantes y tengo un trato que proponerles. Les aseguro que van a quedar muy satisfechos.

Fue cuando sacó del bolsillo, con la esmerada epifanía de un prestidigitador que escenifica su mejor truco, una cajita de joyería, de esas que contienen unos pendientes o un anillo.

—Nos han dicho en Palencia que restaurar la talla valdría unos treinta mil euros, pero yo les puedo llevar a un sitio donde encontrar cosas como ésta.

Y acto seguido abrió a nuestra vista la cajita con extremo cuidado y apareció un pequeño bulto compacto con el aspecto de una piedra oscura. Úbeda extrajo de un cajón una lupa, se acercó lo más que pudo sin llegar a tocar nada y cuando terminó su inspección me la pasó. Nos quedamos los tres en silencio.

—Un molar fosilizado —acerté a decir yo, rompiendo el silencio.

Blas nos sonrió con satisfacción. Con la mueca pícara del que adivina en su interlocutor sus verdaderas y contenidas intenciones.

—Les aseguro que es muy antiguo.

En ese momento aquello no era nada. Úbeda y yo así lo entendíamos. Un científico por una pura cuestión de hábito de método a la hora de pensar en una situación así enseguida se da cuenta de que las posibilidades de que un viejo entre por la puerta y traiga algo relevante son demasiado próximas a cero. Pero también sabíamos que no era muy diferente a una partida de cartas en las que mirando las tuyas sabes que solo perderías si tu rival tiene cuatro ases.

—¿De dónde ha sacado esto? —preguntó Úbeda, para descartar del todo los cuatro ases.

—De la cueva del Valdesoto, allí en Herrera. Está a pocos kilómetros del pueblo, metiéndose por el monte. Solo la conocían algunos cazadores que iban a un manantial que hay en su entrada. Pero hace muchos años de eso. Yo he estado allí desde niño y he escarbado en ella muchas veces. Hay muchos rastros del hombre primitivo.

Úbeda sacó unas pinzas y unos guantes azules que se enfundó. Con extremo cuidado sacó la pieza de la caja con las pinzas y la fue girando delante de la lupa. Yo me acerqué y ambos vimos la forma romboidal de su cara vestibular, la cúspide distolingual de la cara palatina.

—No es una muela normal: tiene rasgos arcaicos, desde luego.

Era una muela fosilizada de un humano no moderno. Era todo cuanto en esos momentos podíamos afirmar. Pero es que eso era mucho.

Blas se atrevió y nos dijo con la misma técnica del que negocia para vender una vaca:

—Yo les doy esta pieza, los llevo hasta la cueva y les enseño donde están todos estos restos si ustedes se hacen cargo de restaurar nuestra Santa Cecilia.

Tal vez sí tuviera los cuatro ases. Pero en esto de jugar con las cartas de uno no hay que arredrarse.

—Mire, Blas. La ley establece que cualquier hallazgo arqueológico deja de pertenecer a un particular. No sabemos el verdadero valor de lo que usted nos muestra, pero si tiene alguno, su investigación es algo de utilidad para todos. Por otro lado, no está a nuestro alcance pagarle por algo que no podemos determinar sin pruebas.

Blas se levantó. De un manotazo, le arrebató la pieza y se la metió en el bolsillo.

—Pues esto es muy fácil. Si no tienen intención de ayudarme, aquí hemos acabado. Como no sabemos si vale o no, esto es mío y yo soy libre de tirarlo al río si me da la gana.

Y se levantó directo hacia la puerta. Entonces yo salí detrás de él y lo sujeté por el hombro.

—Espere, hombre. No se ponga así. Comprenda que para ver lo que nos enseña tenemos que hacer pruebas, análisis. Y, aun así, no podemos llegar a conclusiones si no conocemos el lugar donde lo ha encontrado.

Blas me miró con ojos astutos. Me di cuenta de que estudiaba si yo era de fiar.

—Pues les propongo que vengan a Herrera este sábado bien pronto y yo se lo enseño. Pero si no tienen intención de ayudarnos, no vengan. Ustedes tienen un interés y yo otro. Los espero allí a las nueve en la fuente de los Cuatro Caños. Si no están, no volveremos a vernos, ni a mí, ni a esto. Y si vienen, traigan buen calzado, linternas y una soga.

Cuando Úbeda y yo nos quedamos solos estábamos desconcertados. ¿Era lo que habíamos visto un indicio suficiente para un descubrimiento importante? ¿No haríamos el ridículo haciendo caso a aquel hombre? En aquel momento no teníamos tomada ninguna decisión.

Los siguientes días, nos repartimos la tarea de intentar averiguar más. Por un lado, yo acopíe cuanta información bibliográfica estaba a mi alcance para intentar discernir si en la zona de Herrera había algún rastro arqueológico. Úbeda, asumió la labor de hablar con su colega, el profesor Pernias, insigne medievalista, para ver qué podía decirle de la talla de Santa Cecilia.

La presión del calor del verano parecía ir creciendo a la vez que menguaban las ocupaciones en la universidad. Yo invitaba a Marga a tomar un refresco por la tarde y le iba suministrando la información de mis averiguaciones en pequeñas dosis que la mantenían intrigada y constituían una razón más para justificar nuestros encuentros. Era tan bonita y yo estaba tan encantado encandilándola que me pasaba la mañana deseando que llegase el final del día para sentarme con ella en la terraza junto a la plaza Zorrilla. Me anticipaba a la hora concertada para verla caminar hacia mí con sus rizos oscuros cimbreándose como muelles mientras sonreía con ese gesto luminoso, de ojos hipnotizadores. Al aproximarse me preguntaba:

—¿Cómo van hoy los cuidados de Santa Cecilia?

Y yo le reportaba detalles de mis pesquisas. Exagerando mis esfuerzos y aún más mis resultados, porque lo cierto es que no había encontrado nada.

Llegó el viernes y me reuní con Úbeda para poner en común nuestros avances. Por mi parte, no había ningún indicio conocido de hallazgo arqueológico en la zona. El terreno del municipio, por lo demás, según había comprobado, era más o menos llano y la composición geológica no era propicia para dar con estructuras kársticas socavadas como cuevas, si bien, en uno de los extremos de su término había una zona de cárcavas con un manantial en la que no era del todo descartable.

Úbeda, pudo comprobar en un archivo diocesano provincial que la talla de Santa Cecilia no era tan antigua como cabía suponer. Era del siglo XVII, de autor anónimo y de madera. Su amigo Pernias, el medievalista, no estaba al corriente de su existencia, pero lo llevó a un especialista en escultura religiosa que afirmó que no tenía un gran valor artístico, pero que probablemente era cara su restauración porque el desprendimiento de un brazo era un daño estructural de difícil reparación.

Así las cosas, ambos dudamos si merecía la pena ir al día siguiente hasta Herrera, sufrir el sol justiciero castellano sabiendo que era improbable dar con algo interesante y conociendo que sería imposible ayudar con lo de la talla de Santa Cecilia.

Pero, ¿qué sería de la arqueología si no existieran los ilusos? A pesar de todo nos decidimos a ir empujados por la posibilidad de dar con algo importante.

De este modo, el sábado a las nueve menos cinco estábamos junto a la fuente, dotados con dos mochilas repletas de aperos adecuados para su función. La agrupación de casas de piedra en su silencio daba la sensación de ser un roquedal deshabitado. Las persianas y contraventanas bajadas. Alternaban casas con los tejados vencidos, las fachadas dañadas y desvencijadas, con otras contiguas enteras, aún en pie. El calor de las callejas parecía afluir a la

plaza diáfana donde estaba la fuente. Blas nos esperaba con la misma camisa de lino, una bolsa de tela que colgaba de su hombro y una sonrisa que parecía decirnos “lo sabía”.

Lo seguimos por un camino despejado de árboles que levantaba polvo a nuestro paso. Conforme avanzábamos, Blas nos iba hablando de su pueblo. Nos contaba cómo los niños corrían a la salida de la escuela. Había un panadero y un herrero. Las huertas abastecían de patatas y cereal a una pequeña tienda que vendía vino a granel, telas o martillos. Se celebraba una novena los días antes de la fiesta de Santa Cecilia que se llenaba de viudas vestidas de negro. Había animales: mulas, perros, gallinas, vacas, cerdos, gatos. La gente hacía planes para la cosecha del año siguiente, las casas tenían abiertas siempre sus puertas, había bodas, bautizos, un cura que bebía un poco de más, un alcalde que sisaba y llegaba el periódico provincial cada día que despertaba disputas políticas a voces en la taberna.

Caminando, giré mi cabeza y miré el conjunto del pueblo a lo lejos, mudo, casi difuminado por el temblor que da al horizonte el calor matutino. Parecía inerte, como un accidente geográfico. Resultaba imposible imaginar ese hervidero de voluntades, de acontecimientos, de vida.

Al cabo de un buen rato entramos en una zona más escarpada. Seguimos una vereda que costaba reconocer. La costumbre del paso del hombre por allí hacía tiempo que había cesado y las zarzas y pequeñas hierbas la alfombraban. Solo el paso experto de Blas atinaba con su tenue rastro.

—Ya estamos cerca —nos dijo Blas, deteniéndose a beber después de una caminata por el nuevo terreno.

Nuestras axilas delataban con sus manchas en las camisas nuestro acaloramiento. Dimos unos tragos de agua y Blas nos habló de la cueva.

—Allí se refugiaban los cazadores del calor y del frío. Es el único abrigo de la zona. De pequeños, los chicos entrábamos por los pasillos de la cueva a explorar. Chiquilladas. Pero yo

he seguido viniendo y he excavado. Siempre pensé que si cerca había un manantial y era el único asubio, allí habrían vivido hombres primitivos.

Todavía anduvimos un trecho y tras vadcar un pequeño regato, casi seco, pero de un cauce mayor marcado en el lecho del suelo por las aguas invernales, detrás de unas matas, apareció la entrada rocosa. Blas nos aleccionó y sacó de su bolsa una vieja linterna alargada. Nosotros extrajimos de las mochilas potentes linternas. El acceso a la cueva era estrecho, apenas posible para el cuerpo de una persona, y daba una impresión un poco agobiante de angostura. Parecía imprudente adentrarse por allí. Pero salvada esa inicial sensación, deslizándose por una pared a la derecha un pasillo se iba haciendo cada vez más amplio y nos llevaba a una sala mayor donde la temperatura bajó de golpe. Iluminamos el techo y estaba tiznado de negro.

—Aquí se paraban los cazadores y encendías hogueras —nos aleccionó Blas.

Al final de la sala se abrían varios túneles de distintas anchuras. Blas nos condujo por el más escabroso que iniciaba un descenso a través de una piedra húmeda por la que era fácil escurrirse. Ató una cuerda al saliente de una roca e inició el descenso bien asido a ella. La prudencia que teníamos Úbeda y yo contrastaba con la seguridad de Blas que a pesar de los años, caminaba sin parar con paso firme abriéndonos camino. Tras un descenso de unos treinta metros, volvimos a acceder a una estancia mayor que delataba pequeñas filtraciones de agua que goteaban esculpiendo coladas blancas en la piedra como cabezas de coliflor y una formación de estalactitas.

Blas se paró, dio un pequeño salto desde una roca y cayó a una pequeña superficie plana de tierra.

—Ya estamos —nos dijo.

En uno de los laterales había una especie de zanja de unos tres metros de profundidad. Junto a ella, un montículo formado por la tierra extraída del agujero.

—Aquí estaba el diente.

Úbeda y yo nos aproximamos con precaución, como si estuviéramos en tierra sagrada donde una huella nuestra pudiera malograr un descubrimiento importante.

—¿Y a qué profundidad lo halló? —preguntó Úbeda asomándose al balcón del nicho.

—El diente, al fondo del todo. Pero he encontrado más cosas antes de llegar a él —y enfocó una pequeña superficie donde había pequeños objetos de apariencia pétreo.

Nos acercamos, nos pusimos unos guantes y los cogimos para observarlos. Había piedras y huesos tallados.

—Industria lítica —dije yo, intentando contener mi entusiasmo.

—Anterior al Auriñaciense. Probablemente cincuenta mil años —y me mostró una especie de asta tallada en forma de punta de flecha.

Aquello superaba nuestras más creativas ensoñaciones. Nos pusimos a trabajar. Señalamos el terreno marcando límites perimetrales. Hicimos fotografías de todo. Extrajimos muestras de las capas de cada profundidad para establecer periodos estratigráficos. Rastreamos concienzudamente la tierra extraída para asegurarnos de que no aparecían otros objetos de valor. Recorrimos otras partes de la cueva para intentar discernir si había zonas con probabilidad de nuevos hallazgos. Intentamos dibujar un mapa para posteriores geolocalizaciones. Úbeda y yo estábamos ebrios de entusiasmo y Blas nos ayudaba no menos comprometido. Cuando nos quisimos dar cuenta era el final de la tarde. Ni siquiera nos habíamos acordado de comer.

Al regresar, desandando el camino de ida, acercándonos al pueblo, Blas nos dijo:

—Ahora les tengo que enseñar a Santa Cecilia.

Úbeda y yo nos miramos sin saber qué decir. Pero al llegar a Herrera, le seguimos. Fue a por las llaves de la ermita y cuando vino con ellas, un pequeño grupo de ancianos le acompañaba. Todos nos saludaron efusivamente. La tarde luminosa, pero suavizado el calor matutino, hacía muy agradable el paseo. El paso lento de procesión de la comitiva demoró nuestra llegada a la vieja iglesia que estaba en las afueras. Era una construcción de piedra que

adolecía de la misma fragilidad de muchas de las casas que habíamos dejado detrás. Junto a la pequeña espadaña había un nido de cigüeñas que aletearon y nos miraron desde la altura como si fuéramos intrusos. La llave giró pesadamente para abrir el portalón de madera que constituía la entrada. Penetramos en la oscuridad y una temperatura más baja que la exterior me hizo recordar la aún reciente estancia en la cueva. Por los pequeños ventanales situados en lo alto entraban haces que dotaban al espacio de una luz tenue y en cierto modo tenebrosa. Nos acercamos hasta el altar de piedra moteada como el granito bordeando las hileras de bancos de madera y nos detuvimos ante la figura de Santa Cecilia que ocupaba una gran hornacina en uno de los laterales del pequeño ábside. Parecía mirarnos con bondad, con alegría, como contenta de vernos. A sus pies reposaba el brazo roto sujetando una corona.

—Qué guapa es —murmulló una mujer a nuestra espalda. Todos en nuestro fuero interno de alguna forma asentimos.

Úbeda tomó la iniciativa, se adelantó e hizo unas fotografías. En los gestos de los congregados se dibujaba la complacencia. Yo, por un momento sentí que estábamos estafando a aquella gente. Entre Blas y uno de aquellos ancianos bajaron la talla y la estuvimos examinando como si fuera un reconocimiento médico.

—Nos la tiene que salvar, profesor —dijo uno de ellos, como si estuviéramos en la antesala de un quirófano.

Antes de despedirnos del pueblo le pedimos a Blas la muela que nos mostró el primer día:

—Si no la podemos datar es imposible hacer nada.

—Prométame que restaurarán a nuestra patrona —opuso él sin dar su brazo a torcer.

Úbeda respiró hondo y se llevó la mano a la barbilla en un gesto que yo reconocía y que manifestaba su contrariedad.

—No está en mi mano decirle que sí, pero le garantizo que ninguna universidad del mundo va a darle treinta mil euros en un intercambio como el que propone. Los fondos que hay son muy limitados y siempre están vinculados a proyectos de interés científico. Solo le puedo prometer que haré cuanto esté en mi mano.

Blas se le quedó mirando a los ojos. Buscaba reconocer la franqueza en su espíritu. Luego me miró a mí. Yo bajé los ojos y esquivé los suyos. El anciano respiró hondo y permanecimos los tres en silencio. Cuando alcé la vista me pareció ver en el viejo lágrimas. Metió la mano en el bolsillo, sacó la cajita con el molar y nos la entregó.

—Confío en ustedes —nos dijo.

Camino de vuelta a Valladolid intuí que fueron tres palabras insensatas. ¿Cómo conseguir el dinero para Santa Cecilia? ¿Qué posibilidades tenía de recuperar aquella muela una vez que la universidad la tenía en su poder? Podía ver en Úbeda la satisfacción.

—Creo que estamos ante algo gordo. Cuando obtengamos las pruebas estratigráficas probablemente veamos que la pieza estaba en unos cincuenta mil años. ¿Sabes lo que significa eso?

—Pues si no te sigo mal, de ser así, sería de un homo sapiens, no de un neanderthal, y si el homo sapiens entró en la península por los Pirineos del norte de Europa mucho después, ¿qué hace un sapiens en la provincia de Palencia hace cincuenta mil años?

—Exacto. Y si en el norte de Marruecos había sapiens hace ciento veinticinco mil años y el Estrecho está tan cerca, es posible que sea la primera prueba de que los sapiens pudieron llegar a la Península por el sur. Un bombazo.

—¿Y qué pasa con Santa Cecilia?

Úbeda se calló y mantuvo en su gesto una sonrisa mefistofélica que le acompañó mientras conducía en su camino de vuelta a Valladolid.

Los siguientes días trabajamos en hacer aproximaciones con los medios de los que disponíamos para datar las muestras obtenidas. El calor iba aumentando y a última hora de la tarde yo quedaba con Marga a la que contagié mi entusiasmo. Era necesario volver a la cueva, seguir trabajando sobre el terreno y Úbeda no parecía muy animado. Prevalecía en su voluntad la codicia por exprimir los resultados a lo que tenía en sus manos, el diente, como un producto terminado ante la perspectiva de una larga tarea de prospección de incierto éxito.

Así pues, animé a Marga a venirse a Herrera el sábado siguiente, a enseñarle la cueva, a seguir profundizando en su tesoro y en mi intento sentimental con ella.

—¿De veras me invitas a ir contigo? —me preguntó deslumbrada, abriendo en extremo sus ojos atónitos.

Cuando llegamos a Herrera aquel día, durante el viaje yo había derrochado un gran extracto de mi conocimiento paleoantropológico. Había decidido que el camino más corto a su corazón era impresionarla e interpretaba el sincero asombro que mostraba como una señal de paulatino avance en ese terreno. Blas nos esperaba junto a la fuente de los Cuatro Caños y tras las inevitables preguntas sobre nuestros avances, se empeñó en acompañarnos hasta la cueva. Enseguida hizo amistad con Marga. Le contó su vida, el pasado del pueblo, la parte que yo aún no le había explicado. No faltaban picardías e indirectas sobre nosotros que eran respondidas benévolamente por ella.

—Hoy no ha venido solo... —me dijo Blas, en un aparte guiñándome un ojo y dándome un ligero codazo mientras yo me ruborizaba tontamente.

Ya en la cueva los instantes se nos hicieron horas. Después de una labor de criba sobre la tierra extraída de la zanja, hice marcas estratigráficas de profundidad y Marga y yo con el extremo cuidado adecuado, seguimos excavando. Cuando pasaron varias horas, Blas nos adentró por unos pasillos más profundos que no conocíamos a través de una galería por un pasillo. Terminaba en una especie de pozo azul rodeado de estalactitas y estalagmitas blancas y

rojas que por momentos parecían devolver los destellos de los haces de luz de nuestras linternas. Era una estancia tan bella, que parecía no pertenecer a nuestro mundo, sino a otro imaginado o soñado. Pequeñas gotas caían rítmicamente sobre la superficie remansada del agua sonando como la tecla más aguda de un piano cuyo timbre reverberaba en las paredes lejanas. La luz de nuestras tres linternas buscaba el origen de la gota en las altas techumbres de las paredes de piedra, y en ese momento mágico, único, yo enfoqué la dulce cara de Marga que estaba dotada de un brillo especial, me acerqué y superado por el momento, la cogí de la mano. Ella, sorprendida, me sonrió, la retuvo así prendida un instante hasta que dejó resbalar sus dedos desprendiéndose.

Entonces, se oyó a Blas un poco más alejado a nuestras espaldas que nos decía:

—Volvamos.

Cuando salimos al exterior, agotada la tarde, yo quise encontrar en los gestos o las palabras de Marga alguna reacción a mi tímido impulso. Sin embargo, la presencia de Blas, su propio desinterés o discreción no delataban ninguna.

Al llegar al pueblo, como ya sucediera la primera vez, los vecinos nos esperaban para visitar la ermita y ver la talla de Santa Cecilia. Esta vez me pareció que la santa me miraba con ojos reprochadores. Marga se dejó llevar por el entusiasmo y la hizo muchas fotos. Después de salir de la iglesia, ya era tarde. Lucía, una de las vecinas, se empeñó en hacernos la cena y ante la iniciativa que posponía nuestra vuelta, Blas insistió en que nos quedáramos en su casa a dormir. No apetecía regresar a Valladolid y la caída de la tarde traía un frescor delicioso por lo que Marga y yo aceptamos.

Estuvimos un buen rato hablando con nuestro acompañante de su vida pasada y de la de Herrera. Nos enseñó sus fotografías. Remedios, su difunta mujer, cohibida, discreta posando. Su hijo, Ricardo, que se fue a Suiza donde había formado una familia que apenas hablaba español. La nostalgia, sin embargo, era alegría. Vimos que detrás de su aparente rudeza latía un

corazón sentimental. Pero también nos contaba cosas de su vida actual. De sus achaques sin médico. Del abastecimiento por una furgoneta que pasaba dos veces a la semana. De cómo un vecino iba una vez al mes a Baltanás a veinticuatro kilómetros con todas las tarjetas para sacar en el cajero de allí el dinero que cada uno le encargaba. Era Damián, un hombre de 84 años que sustituyó a Lucas al que retiró el carnet de conducir la Guardia Civil por entrar una rotonda haciendo el giro al revés.

Parecía que estuviéramos hablando de los últimos supervivientes de un mundo a punto de extinguirse. Vino de pronto a mi mente la imagen del diente que nos había entregado.

Al día siguiente Marga y yo realizamos la vuelta a Valladolid con la misma naturalidad de la ida. Prevalían en nuestras conversaciones el recuerdo de la cueva, de los vecinos de Herrera y, sobre todo, el ánimo por ayudarles con la talla.

Nada de ese arrebato romántico, pobre y pacato de la mano sujeta, de niño de preescolar que a mí me parecía un colosal acercamiento y a ella... A ella, nada.

El verano esplendoroso abrumaba ya en pleno apogeo y en nuestro departamento en la universidad ya solo quedábamos Úbeda y yo. Él, entusiasmado con el diente, en sus primeras aproximaciones cada vez tenía más claro que la pieza tenía al menos cuarenta mil años. Un descubrimiento sensacional en nuestro mundillo; nada, fuera de él. Sin embargo, para poder acreditarlo era necesaria una prueba de uranio-torio, y para que la noticia pudiera ser publicada y tuviera el alcance debido, debía hacerse en una institución internacional de prestigio. Por eso, una mañana me dijo:

—He hablado con la Max Planck. Les he contado lo del diente y están fascinados. Quieren hacer la datación, pero ello costaría unos veinte mil euros y luego está la homologación del hallazgo. No hay constancia de cómo se ha hallado, por lo que no permitirán una publicación con sus conclusiones pues no les vale con que un hombre haya aparecido con la pieza en el bolsillo: para ellos, podría haberla obtenido de cualquier sitio.

—¿Y qué vas a hacer? Ni siquiera tenemos presupuesto para los veinte mil euros.

La universidad estaba dotada de unos escasos fondos para la investigación en Prehistoria, pero, además, el catedrático director de la facultad estaba empecinado en que se destinaran al descubrimiento de dólmenes, que aparecían como hongos por toda la provincia.

—Pues voy a hacer lo de Blas. Me iré a Leipzig con la pieza a ver si les convengo de que realicen la datación gratis y si la antigüedad es la que pensamos, la publiquen.

Nada fácil, desde luego. Un viaje que tendría que pagar de su propio bolsillo, pero que de tener un buen resultado, daría un gran prestigio a la universidad y a nuestro departamento.

Yo, por mi parte, intentaba seguir quedando con Marga. Unos días, ella desdeñaba la cita, otros, accedía, sin entusiasmo, con un frío sentido del compromiso. Al fin de semana siguiente, con Úbeda aún en Leipzig, le propuse que viniera conmigo a Herrera, pero lo desestimó. Tenía otro plan.

Solo me fui, pues, para Herrera y mis pensamientos negativos ocupaban mi mente. Estaba claro que Marga no quería nada conmigo, pero yo no podía quitármela de la cabeza. Cuando llegué allí, me fui para casa de Blas, llamé a la puerta y no me abrió. Estuve merodeando por el pueblo, e incluso le pregunté a algún vecino que me confirmó que le habían visto recientemente. Volví a llamar y al cabo del rato, Blas apareció. Tenía mal aspecto. Lívido y ojeroso, parecía caminar con dificultad y su respiración pedregosa le hacía tomarse su tiempo para hablar.

—¿Le pasa algo, Blas?

—No es nada. Una mala noche.

Le dije que iría solo a la cueva, pero él insistió en acompañarme. Andando hacia allá me preguntó:

—¿Cómo va lo de restaurar a Santa Cecilia?

—No muy bien, Blas —y le puse en antecedentes de todos los detalles. Intentaba convencerle de lo importante que podía ser lo que nos decía el diente que nos entregó. Pero no le engañé.

Cabizbajo y en silencio, terminó el camino hasta la entrada de la cueva. Estuvo conmigo mientras yo continuaba con mis tareas de prospección. Apenas respondía con monosílabos a mis preguntas. Cuando regresamos por la tarde, tuvimos que parar antes de llegar al pueblo porque Blas iba agotado. Al llegar a su casa estaba extenuado. Por un momento, dude en si llevarle a un médico, pero él se negó. No quise dejarle solo y permanecí con él en su casa. De noche, hice la cena y después de terminarla salimos los dos a sentarnos a la calle solitaria. El cielo nos mostraba una salpicadura de estrellas y una brisa cálida se escurría agradable entre las casas vacías. Al fondo se veían los guiños de las luciérnagas en la maleza y las cigarras rasgaban el silencio con su ronca canción interminable. Se le veía algo recuperado.

—No me voy a conformar —me dijo. Yo entendí rápidamente que se refería a lo de Santa Cecilia.

Hice una mueca de asentimiento. Qué hombre. Qué obstinación. ¿Tan importante era reparar la figura? En realidad, no tenía gran valor histórico. El pueblo estaba condenado. ¿Por qué no resignarse? Hay batallas que uno no puede vencer.

—Si en Valladolid no me escuchan, iré a Burgos, a Santander. Iré a los periódicos.

Me parecía algo infantil ese empeño tozudo. No quise decirle nada, pero él se dio cuenta de lo que yo podía estar pensando. No era ningún tonto. Dejamos que la noche nos envolviera con sus encantos y nos abandonamos a nuestros pensamientos.

—Te quiero hacer una pregunta muy personal —me sorprendió y empezó a tutearme por primera vez.

—Adelante.

—Tú estás enamorado de esa chica, ¿verdad? Marga.

Aquello sí que no me lo esperaba. Yo no hablaba esas cosas con nadie. Con nadie. Así fui educado.

—Te propongo un juego, Blas. Yo te respondo con sinceridad a esa pregunta, pero tú me tienes que responder a una mía.

—Acepto.

—Sí, me gusta Marga. Pero parece que no es recíproco. No tiene interés en mí y desde que estuvo aquí, casi no nos hemos visto.

Blas se miró las manos, como si en ellas encontrara las palabras precisas que quería dirigirme. Se tomo un rato en añadir algo.

—Tú serás muy listo en eso de los primitivos y de la cueva, pero en asuntos de mujeres, no sabes nada, me parece — y al decirlo, miraba al firmamento, como si yo no existiera.

—Tal vez tengas razón —sonreí.

—¿Le has dicho acaso algo?

—Eso se ve.

Las cigarras en su labor intermitente enmudecieron como obedeciendo una orden y en ese preciso momento solo Blas alteraba el silencio.

—Yo soy un hombre de campo, pero cuando conocí a mi mujer enseguida supe que ella era la persona. Al principio, yo no le gustaba. Había mozos más fuertes, más guapos. Pero ninguno la iba a querer como yo y enseguida se lo demostré. Se ve a la legua que a esa Marga le gustas, pero si no luchas por ella, si no ve tu sentimiento de verdad, ¿qué quieres que haga la chica?

Me sentía un poco avergonzado al oírle, pero escuchándolo sentí que tenía razón. Me vi como un mentecato cociéndose en su propia salsa de un amor que no manifestaba. Ni él ni yo añadimos más. Al cabo del rato, fui yo quien le pregunté:

—Ahora me toca a mí, Blas. ¿Por qué tienes tanto interés en lo de Santa Cecilia? Vale, de acuerdo que es importante para el pueblo, pero los demás no parecen tener tu mismo empeño. No os imagino cargando con la imagen por la calle con el frío de noviembre. Estáis todos más para que os cuiden a vosotros.

De nuevo, buscó la respuesta en las palmas de las manos.

—Me muero. No ya solo porque sea viejo. Me lo han dicho los médicos. Queda poco tiempo y quiero arreglar esto.

Nos miramos a los ojos y los vi líquidos, como disueltos. En su transparencia aprecié su debilidad. Su fin.

—Eres la única esperanza de conseguirlo. Tú vienes de la ciudad y no entiendes lo que significa para mí, pero a mí no me importa morir, pero no quiero que lo haga el resto del mundo que he tenido. Mi obligación es dejar las cosas importantes como me las dejaron a mí los mayores cuando me vaya. La vida reparte batallas ganadas y perdidas. Así funciona. Pero uno no pierde hasta que se da por vencido.

Toda esta historia toca a su fin porque no hay nada que mejore aquella noche estrellada, aquella conversación, una de las últimas que pude mantener con Blas. Él finalmente murió un par de meses después. Su obstinación no impidió que la metástasis de su cáncer apagara para siempre su prodigiosa insistencia en sus propósitos. Me enteré en Valladolid recién estrenado el curso en la universidad. Asistí a su entierro en el pequeño camposanto situado detrás de la iglesia. Allí le acogieron infinidad de vecinos que le habían precedido con el paso de los años. En el sepelio conocí a su hijo Ricardo. Tenía sus mismos ojos hundidos y también se miraba las manos cuando hablaba. Sin embargo, ya hablaba el español con acento y tuvo que marcharse pronto: le esperaban otros asuntos urgentes en Suiza. Sus hijos no habían estado en Herrera nunca, pero a veces hablaban de venir algún día a conocerlo.

—Le recomiendo que se den prisa en tal caso. No lo queda mucho al pueblo.

Pero la vida reparte batallas ganadas y perdidas, como me dijo Blas.

Úbeda había regresado de Leipzig con buenas y malas noticias. Los resultados de las pruebas de uranio-torio indicaron que el diente tenía cuarenta y ocho mil años. Sus gestiones y maniobras posibilitaron que los alemanes hicieran la prueba gratis, por el mero interés científico. Sin embargo, al no ser posible certificar el origen del hallazgo, éste no podría publicarse, por lo que el mundo no podría conocer la noticia. Para mí lo importante era poder acreditar que el homo sapiens estuvo en la Península mucho antes de lo que se estimaba y que lo probable es que entrara por el Estrecho. Úbeda se empeñó en seguir perseverando en las excavaciones.

—Donde hay una muela, habrá otros huesos.

Es posible que tenga razón. Tal vez, la gloria para el mundo científico esté muy cerca. Pero a mí no me interesa ya. Seguir trabajando en la cueva sin poder ayudar a Santa Cecilia sería como traicionar a Blas que nos abrió esta puerta.

Pero aún quedaban dos batallas.

Fui a ver a Marga cuando murió Blas. Ella también lo sintió. Ese mismo día cenamos juntos. Estaba preciosa. Llevaba un vestido de verano estampado y se había pintado las uñas rojas. Su sonrisa me iluminaba y sentía, como decía Blas, que ella era la persona. Se lo dije. Azorado. Con torpeza.

Desde entonces no hay mejor momento en el día que cuando estoy con ella. La plenitud del enamoramiento. Siento que esto no va a acabar y aún me maravillo de cómo algo que me parecía tan enrevesadamente difícil, acceder a su corazón, al final resultó tan sencillo. Y así fue como comenzó nuestra relación.

Empezamos a hacer planes y uno de ellos tiene que ver con mi última batalla: salvar a Santa Cecilia. De momento no hemos podido: es demasiado dinero. Pero a Marga se le ocurrió una cosa; ¿qué tal hacer un concierto el día de Santa Cecilia en Herrera?

El primer año, conseguimos que un amigo suyo, pianista, acudiera a Herrera el veintidós de noviembre y transportara hasta allí su propio piano. Marga y él interpretaron “Souvenir”, de Sibelius, y a la iglesia asistieron veinticinco personas que pagaron su entrada. Al acabar el concierto, todos hicieron una comitiva que paseó a Santa Cecilia por el pueblo. Sobre la tarima que la llevaba estaba depositado el brazo desprendido.

Aquello tuvo eco en los medios de comunicación de la provincia.

Es poco el dinero recaudado, pero ya pensamos en el año que viene. Herrera ahora tiene trece habitantes. Mal número para los supersticiosos, que aún puede empeorar porque Elena, una anciana de ochenta y cuatro años de sonrisa desdentada, ha sido hospitalizada de gravedad.

Marga está intentando convencer a otros amigos músicos para el próximo veintidós de noviembre. No se puede adelantar nada, pero parece que hay un grupo de esos que mueve mucho a los jóvenes que estaría dispuesto a tocar gratis ese día bajo el lema “Salvad a Santa Cecilia, salvad a Herrera”.

Así que esta batalla aún no está perdida.

Se trata de hacer todo lo que se pueda. Como dijo Blas, uno no pierde hasta que no se da por vencido.

Y a mí se me ha ocurrido contar toda la historia pensando en que cualquiera que la lea querrá que no muera Herrera.

¿Nos ayudas tú a salvar a Santa Cecilia?